

Seminario “Entre Cementerios y Computadores”
**Título: De dónde viene mi feminismo? Una auto-
exploración epistemológica**
Clemencia Rodríguez
Abril 2020

Hoy les quiero hablar de OTRA COSA¹. Resulta que yo nací CHUECA. Nací con las piernas torcidas y caminaba con los pies para adentro. Mi papá pensó que me vería muy fea a los 20 años, con tacones altos y una minifalda, caminando chueca. Entonces, consultó a algunos médicos y todos acordaron hacerme una cirugía en las piernas para solucionar el problema, que era puramente cosmético. Tenía cinco años. Los cirujanos pediátricos cortaron mis dos huesos del fémur, los torcieron y los volvieron a unir. Estuve enyesada durante varias semanas. Sin embargo, cuando me quitaron el yeso, se dieron cuenta de que la cirugía no había salido según lo previsto y que los huesos no habían cicatrizado. Este fue el comienzo de una pesadilla de dos años de entrar y salir del hospital, y, durante todo ese tiempo, tuve un yeso que iba de la punta de los pies al pecho. Ni siquiera podía sentarme. Estuve en cama dos años, de los cinco a los siete años.

¹ Presenté este texto originalmente en el Seminario Internacional La Cosa (Entre Altares y Computadores) que surgió en marzo 2020 a raíz de catástrofe que nos cayó encima, la cual llamamos La Cosa (Coronavirus).

En algún momento, los médicos pensaron que nunca volvería a caminar. Tengo una foto de estos años.



Esta foto, se puede decir, es Mi Lugar de Enunciación. La travesía que les quiero contar es años y años de tratar

de crucificar a esa COSA que me puso en esa cama por dos años. Me gusta la imagen de la crucifixión porque crucificar requiere esfuerzo del crucificador—en este caso la crucificadora: hay que subirse a la cruz, hay que conseguir los clavos, y conseguir cada uno de los clavos es difícil. Cada una las mujeres de las que les quiero hablar me han venido pasando los clavos con los que le voy abriendo rotos a esa COSA que intenta hacerse pasar por “Lo Normal”, o “El Sentido Común”, el “Así Son las Cosas”.

El primer problema fue que esto que aparece en la foto, esta experiencia que vivió cada una de las células de mi cuerpo, quedó en el olvido. Es muy impresionante que tengo la foto, pero no tengo absolutamente ningún recuerdo de lo que viví en esos dos años—y aquí conecto con la importancia de la memoria y el trabajo de Susana Kaiser. Es gracias a la foto, un producto mediático, que logro conectar con la experiencia.

Entonces, gracias al olvido, durante los primeros años de la travesía me dejo engolosinar por LA COSA. Ya desde el colegio, en un salón mixto de niños y niñas, las mejores de la clase somos, por años y años, Mónica Botta y yo. Los maestros nos ponen de ejemplo todo el tiempo, porque hablamos el mejor francés, porque tenemos la mejor letra, porque nadie nos gana

resolviendo problemas en la clase de álgebra o escribiendo ensayos críticos sobre Baudelaire. Por eso, nunca se me pasó por la cabeza que los hombres tuvieran ventajas. Además, en mi casa, mi papá, sí, el mismo que me mandó operar (porque las personas son complejas), me asumió como si fuera su primogénito varón: mientras a mi hermano escasamente lo miraba, yo era su compañera, fue a mi a quién enseñó cómo funciona el motor del carro, y cuando tenía 19 años hasta me llevó a su burdel preferido a conocer a sus amigas.

El momento que mejor representa este engolosinamiento con LA COSA es este: tengo 22 años, es 1982 y soy estudiante de comunicación y al mismo tiempo de filosofía en la Universidad Javeriana. Estoy absolutamente fascinada con mi seminario sobre Aristóteles, donde leemos línea por línea el texto de *La Metafísica*. Mi profesor, un cura jesuita que tiene como tres doctorados en filosofía, nos va mostrando ese andamiaje que es la ontología de los griegos, y en ese momento, me parece lo más hermoso, lo más elegante que jamás he conocido. Es un diseño puro, absolutamente racional, consistente, coherente, matemático que sostiene valores como La Libertad, La Excelencia, La Pureza. El concepto que mejor expresa la esencia de este andamiaje es la idea Aristotélica de

dios como: pensamiento que se piensa. Además, soy rubiecita y tengo un pelo larguísimo y los ojos azules, suficiente capital para salir de clase e irme a la cafetería de la U y recibir todo el deseo racista y clasista de mis compañeros. Todo perfecto.

Pero comienzo a ver fisuras en el andamiaje. Me voy a saltar lo que causa que perciba, o más bien adivine, esas fisuras, pero tiene que ver con el deseo, con la literatura, con América Latina, y sobretodo, con el Caribe colombiano. Es como una sensación de que me estoy perdiendo lo mejor de estar viva. Esto lo dejo para otro momento, y si quieren lo amplío en la discusión.

Y aquí es cuando comienza la crucifixión.

La primera que me pasa un clavo es Simone de Beauvoir con su noción de que la Mujer es Lo Otro. Pero el clavo de de Beauvoir es un clavo defectuoso. Se tuerce cuando trato de clavarlo; no me sirve. Porque para de Beauvoir, el andamiaje que Europa hereda de Aristóteles es como un tren donde va la racionalidad, la intelectualidad, lo elegante, lo hermoso, etc. Y ella dice que el problema es que el tren va pasando pero a las mujeres no nos dejan subir al tren. Se quedan a la vera de la carrilera mirando cómo pasa el tren. Y lo que

quiere de Beauvoir es subirse al tren. Ella clama porque la dejen subirse al tren.

La segunda que me pasa un clavo que si sirve y con este clavo logro abrir tal vez el hueco, la herida más grande en La COSA, es Luce Irigaray. Irigaray está de acuerdo con de Beauvoir; el tren pasa y nos deja a la deriva. No nos dejan subir al tren. Pero, Irigaray no quiere subirse al tren y al contrario, es una de las primeras en sugerir que existir en la margen puede ser una ventaja. Ventaja por qué? Porque dentro del tren todos existen en una camisa de fuerza que no deja vivir bien, una camisa de fuerza binaria, que degüella la cabeza del cuerpo, que niega el deseo, que idolatra lo que se queda quieto, una forma de ser bulímica que añora quedar en su mínima expresión, sólo la esencia, una esencia estática que no desea a nadie, sólo Se Piensa.

Irigaray dice, además, que nadie sabe cómo es existir en la margen, porque los únicos que han descrito ese lugar de existencia son los que van en el tren, que describen lo que ven afuera mirando por la ventana. Dice que no conocemos lo que es MUJER, lo único que conocemos es “lo masculino femenino”, es decir lo femenino expresado por el ser y el lenguaje masculino, los lenguajes de LA COSA. Pero nadie conoce o ha sabido expresar lo que es “lo femenino femenino”, en parte

porque no existen lenguajes, porque los únicos lenguajes que existen son los inventados por los que van en el tren.

El hueco que logro abrir con este clavo es infinito! Sólo conocemos, sólo podemos decir, expresar, lo que va en el tren. Y yo creía que lo que va en el tren era *todo lo que existía*. Pero Irigaray me invita a ver que lo que va en el tren es parcial, que en la margen, por fuera del tren, existen múltiples universos de vida y experiencia . . . pero la pregunta es, cómo acceder a ellos? La respuesta de Irigaray es el deseo. Algunas otras feministas comparten esto—como por ejemplo la poeta lesbiana Afro Americana Audre Lorde con su ensayo *The Erotic as Power*²--un ensayo donde propone que nos conectemos con cómo se siente nuestro orgasmo, lo cuál te dará pistas para decidir políticamente cuando lo comparas con la experiencia de tu vida laboral, o tu vida en pareja, o tu vida familiar.

² *The Erotic as Power* es un ensayo sobre el orgasmo. Lorde propone el orgasmo como la experiencia máxima de la fuerza de la vida, de la satisfacción, de nuestro límite de estar bien. Lorde propone que miremos la experiencia del orgasmo como una especie de medida para comparar y para aspirar, para diseñar nuestra vida. Es decir, si miro la experiencia de mi orgasmo, qué tan lejos o cerca de como siento el orgasmo está la experiencia de mi trabajo, o de mi vida familiar, o de mi vida en pareja, o de mi vida social cuando las comparo? El orgasmo como un momento de conocimiento que nos

El tercer clavo viene de Hélène Cixous. Esta mujer, desde la literatura, centra sus grandes cuestionamientos en el lenguaje, y particularmente en la novela. Cixous denuncia la novela como una forma narrativa masculina, donde el autor se pone en el lugar del sujeto unívoco y disciplinado posicionado en el centro de un universo que controla. El autor de la novela se posiciona como aquel que le asigna significado a todo y a todos. Cixous me invita a inventar y a encontrar otro tipo de escrituras, que ella llama femeninas. Estas escrituras, dice Cixous, no se pueden teorizar, ni codificar, ni nombrar, pero eso no quiere decir que no existen. Es una escritura que no se deja pensar; y que sólo podrán entender aquellos que interrumpen lo convencional, aquellos sujetos marginales que ninguna autoridad somete.

Cixous me enseña a sospechar de todos los lenguajes masculinos. Nos advierte: sospecha de aquellos

empodera, el orgasmo como un lente a través del cual examinamos todos los otros aspectos de nuestra vida, “forzándonos a evaluar cada uno de esos aspectos con honestidad”. Porque tu orgasmo no te miente; o lo sientes o no lo sientes. En ese sentido, el ensayo de Lorde propone una vida vivida como un acto continuo de masturbación. Es decir, todo lo que hacemos debería hacernos sentir como cuando estamos teniendo un orgasmo. Aquí pueden ver a la hermosa de Lorde leyendo el ensayo:
<https://www.youtube.com/watch?v=xFHwg6aNKy0>

significantes que pretenden darle autoridad a un único significado³.

La punta del clavo, lo que me permite abrirle una herida a LA COSA, es la forma como Cixous sugiere la escritura femenina, e invita a inventar una escritura de lo “impensable”, que pase directamente de la experiencia al texto, sin pasar por la cabeza, involucrando al cuerpo. Cixous dice que los lenguajes femeninos son “susurros, murmullos, suspiros, rayones, garabatos, notas”.

En esta travesía mía hacia poder crucificar La COSA, aparece un clavo hermosísimo del lugar menos pensado: Helen Keller y su compañera Anne Sullivan. Si recuerdan la historia, Helen Keller era ciega y sorda. Pero a pesar de todo esto, y gracias a Anne, a los 7 años aprendió a comunicarse y logró convertirse en una oradora y activista famosa. Pues resulta que cuando Helen estaba aprendiendo a comunicarse, una de las formas más utilizadas entre Helen y Anne era deletreando en la mano de la otra. Hagamos el intento

³ Lenguaje sospechoso: Leonard Cohen, sus letras maravillosas escritas por un hijo de puta que mientras le cantaba al amor, abandonaba y maltrataba a su mujer, a su hijo; capítulo 7 de Rayuela y Mario. Ese abismo que siempre existe entre el significante y significado. Por eso Barthes decía que la semiótica es la ciencia de “las mentiras” y por eso una de mis canciones favoritas es Mentira de Manu Chao, que dice: Mentira lo que dice
Mentira lo que da
Mentira lo que haré

para ver cómo se siente. Desafortunadamente no lo podemos hacer el uno en la mano del otro, Zoom no da para tanto. Pero al menos lo podemos hacer en nuestra propia mano. Entonces escribamos la palabra “deseo” en la palma de la mano. Cómo se siente? Es una escritura que le hace corto circuito a la abstracción que es el lenguaje. La letra entra en la piel, a la vez que entendemos el significado de las letras d+e+s+e+o, sentimos la “d” en la piel. Es escritura encarnada. Helen y Anne vivieron juntas toda la vida, y nunca dejaron de escribir en la mano de la otra. Helen describe este hábito como lúdico, íntimo y erótico; dice: “*ese tacto casi eléctrico de su dedo en la palma de mi mano, desenfrenado, fluido, ese sentido extremo de alegría y dolor encarnado en el tocarse. Siento como si su ser fuera inseparable del mío*”.⁴

Otro clavo importantísimo viene tanto de Irigaray como de Donna Haraway con su cuestionamiento a los lenguajes matemáticos. Quiero dejar en claro que lo que voy a decir no significa que no crea en lo matemático; al contrario, la operación matemática me parece bellísima

Mentira la mentira

Mentira la verdad

⁴ Helen Keller and Anne Sullivan: Writing Otherwise

Marta L. Werner

http://www.cipa.ulg.ac.be/intervalles4/86_werner.pdf

y poderosísima. Lo que quiero es más bien alertarnos a la violencia inherente de la matemática. Tienes un durazno, un mango, una mandarina. Cada una de estas criaturas tiene su olor propio, su color, su textura, su sabor. Y aún así, la operación matemática te permite traducir toda esta especificidad a decir: “tengo 3 frutas”. De un tajo has borrado todos los sabores, olores, colores, lo que constituye experimentar un mango o una mandarina. Lo que surge es una abstracción que no huele a nada ni sabe a nada: el número 3. Es una operación tan violenta como la de mis piernas. Y debemos ser conscientes de esto cuando decidimos si usar o no las matemáticas.

Quién necesitas matemáticas? El mercado; no existiría el mercado ni mucho menos el capitalismo sin las matemáticas. Las dietas; la dieta es traducir un delicioso helado o un plato de costillas asadas a un número de calorías. Siempre siento que el traducir la experiencia de comer, con todo su erotismo y su lúdica, a un número de calorías es un proceso perverso. Así como traducir nuestros cuerpos a un número de kilos. Eso de que mi cuerpo no puede ser deseado a menos que cumpla con un número de kilos, me suena es más bien a que quien

me está deseando o no deseando es LA COSA. Entonces hay que preguntarse si quiero que LA COSA me desee. Desde aquí, cuando encuentras que deseas o que te desean sin pasar por las calorías o los kilos, el deseo se siente como un abrazo de libertad.

Finalmente una mujer Chicana lesbiana me ofrece un kit con 7 clavos poderosísimos. Es Gloria Anzaldúa, en uno de sus últimos escritos antes de morir: *Now, let us shift . . . the path of conocimiento*⁵ (Y ahora, vámonos! El sendero del conocimiento).

Anzaldúa me habla en un lenguaje extraño y hermoso. Ella es más propositiva que denunciadora. Tal vez no me ofrece clavos para seguir con mi crucifixión, sino que me da herramientas para saber qué hacer una vez me baje de la cruz, dejando LA COSA esa medio crucificada detrás de mi.

Anzaldúa nos cuenta sobre su propia travesía en el sendero del conocimiento. Lo divide en 7 pasos, de los cuales yo les voy a contar sólo los que más me han servido:

⁵ Anzaldúa, Gloaria (2002). Now, let us shift . . . the path of conocimiento. In Anzaldúa, G. and Keatign Analouise (eds.), *This Bridge we Call Home*, pp. 540-578 . New York: Routledge.

1. El arrebató: es un momento donde tienes un susto, un espanto, cuando la realidad se pone patas arriba. Ella habla del momento en que un tipo la atraca con un cuchillo. Mi ejemplo es cuando me despierto a las dos de la mañana en la casa de campo de Robert Huesca en Tejas y veo que hay una culebra cascabel al lado de mi cama, embistiendo su cascabel porque mi almohada le cayó encima! En el momento del arrebató nada tiene sentido, lo normal desaparece, toda tu comprensión del mundo y de la realidad se suspende. Anzaldúa sugiere que este momento está lleno de promesas: en este momento puedes acceder a conocimientos sobre ti misma, sobre el mundo, y sobre tu lugar en el mundo que nunca antes viste. Es un momento donde puedes re-inventarte y re-interpretar tu realidad. En mi caso, luego de lograr escapar de la habitación y dejar la culebra ahí encerrada, aún temblando de miedo me voy al cuarto de al lado, donde está durmiendo Antonia [mi hija]. Por esos días las noticias en los medios repetían las historias de la policía en Arizona persiguiendo a los inmigrantes indocumentados por mando del sheriff Arpaio. Aún aterrorizada, sentí que por primera vez entendía cómo se deben sentir los Mejicanos de Arizona cuando la migra hace redadas. El arrebató me permitió niveles de empatía que antes habían sido inaccesibles. Este tipo de empatía es buena base para políticas públicas, para enseñar, para producir narrativas.

Y desde aquí me peleó con muchos feminismos del cuidado; especialmente feminismos latinoamericanos, que idolatran a la mujer que cuida al otro, la madre, la que siempre se pone en segundo plano, la mártir. Nunca he defendido esta forma de ser mujer. Y mis feministas favoritas me ayudan a entender por qué. Porque una cosa es cuidar al otro por un supuesto sentido maternal de cuidarlo todo, desde la naturaleza (en el eco-feminismo) hasta las comunidades vulnerables, o sacrificar la vida propia por los padres, por ejemplo. Otra cosa es cuando un intenso sentimiento de empatía o de deseo, o de amor te une al otro y desde ahí cuidas. Porque en realidad no estás cuidando a un otro. Te estás cuidando a ti; porque la empatía, el amor, el deseo tejió un vínculo carnal, que pasa por la piel, por la víscera, y el otro pasó a ser parte de ti. De la misma manera que me cuido mi hígado, cuido el agua, o cuido a Antonia, o cuido a Belén de los Andaquíes o a Sanguaré. En últimas me estoy cuidando y defendiendo a mi misma. Pero no puedo cuidar por convicción política. Solo puedo cuidar por deseo, por amor, por víscera y corazón.

El arrebató abre una puerta interesantísima para el quehacer en la comunicación y los medios, porque nos re-direcciona hacia usar la comunicación para crear esos vínculos afectivos, eróticos, emocionales entre

diferentes criaturas. En ese sentido, la culebra cascabel fue una comunicadora excelente!

2. Anzaldúa me introduce al Nagual o la Naguala: son esas personas que tienen el poder de ser humano y al mismo tiempo ser otro: un cuervo, un coyote, o una perra. La Naguala tiene el poder de percibir el mundo desde dos perspectivas diferentes al mismo tiempo: la Naguala siente la vida como mujer y siente la vida como coyote. El poder está en saber que cada una de estas perspectivas es incompleta, precaria, y que lo que aparece como verdad absoluta para la mujer, es claramente una mentira para la coyote. La Naguala sabe que nada es verdad y todo es mentira, o todo es una verdad a medias. Anzaldúa nos invita a ser naguales.

3. Anzaldúa nos habla de ese ojo reptiliano que todos llevamos en el centro de la frente, ese órgano del intelecto del corazón y de la víscera, que, cuando lo dejas, tiene el poder de sacudirte fuera de los patrones habituales de pensamiento y raciocinio. Mientras Irigaray y Lorde te invitan a abandonar lo racional y enfocarte en cómo se siente un orgasmo, Anzaldúa sugiere que pongamos toda nuestra atención en la experiencia, lo empírico, lo que pasa por los cinco sentidos, más la imaginación, la intuición, y la experiencia de creer. Ese es el ojo reptiliano, un ojo que

es capaz de mirar para adentro y mirar para afuera a la vez.

4. Y por último, Anzaldúa nos invita a un lugar llamado Nepantla: ese lugar que aparece en la intersección entre diferentes sistemas de valores, diferentes culturas, creencias (y aquí conecto con lo que Omar Rincón nombra como bastardo, lo mestizo, el ciborg de Donna Haraway—dejo atrás lo puro y me dejo seducir por lo bastardo, por Nepantla). Habitar Nepantla es sentir que no estás ni aquí ni allá, que accedes a diferentes mundos pero ninguno es tu hogar porque te quedaste a vivir en la mitad del puente entre mundos. Ni colombiana ni gringa; ni heterosexual ni queer; ni aristotélica ni feminista. Ni Camilo Sesto ni Nick Cave. Ni Leonard Cohen ni Hugh Jackman. Siempre entre los dos. En ese intersticio entre dos mundos. Pero el genio de Anzaldúa es que en vez de envidiar a quienes sí viven a un lado o al otro del puente, ella te invita a valorar tu casa sobre el puente, porque desde ahí los cuestionas a todos y todos aparecen precarios, parciales, explotan todos los sistemas de creencias y lo que queda es una lluvia de confeti.

En conclusión, cómo se traduce todo esto en un quehacer en el campo de la comunicación?

1. Siempre le apuesto a una comunicación basada en la experiencia; donde todo lo que te dicen o te cuentan, debe pasar por los cinco sentidos. Una comunicación donde los lenguajes pasan por la piel, como la escritura en la mano de Helen Keller. He pasado etapas donde esto se me vuelve obsesivo, y ahí es por ejemplo donde lo único que me habla, a nivel de teoría, es la teoría del performance como una comunicación que más que informar, seducir, entretener o empoderar, es una comunicación que te somete a sentir x, y o z.

2. Le apuesto a narrativas que funcionan como arrebatos, que nos espantan, o nos dan un susto de esos donde aparecen nuevas formas de percibir, de sentir empatía, de comprender realidades ajenas.

3. Le apuesto también a narrativas mediáticas dispuestas a expresar nuestras experiencias como naturales; es decir historias donde todas las verdades son verdades a medias; narrativas capaces de capturar la experiencia de ver el mundo desde dos perspectivas contradictorias; o narrativas construidas en códigos aparentemente incompatibles. Por ejemplo, en el último taller sobre comunicación y medio ambiente en San Onofre surgió el uso de lenguajes locales populares que pasan por el deseo, por lo mordaz y vulgar en una campaña para promover los acueductos de agua lluvia.

4. Le apuesto a narrativas nepantleras es decir, que expresan los mundos que habitamos como dislocados, fragmentados, o nos muestran cómo habitamos las fisuras, en los intersticios entre mundos aparentemente coherentes. La idea es que si en todas las narrativas todas aparecemos habitando en los intersticios, tarde o temprano se va a poner en duda la existencia misma del mundo coherente y lo que nos va quedando es saber que lo único que hay son las grietas.

5. Le apuesto a una comunicación curiosa por lo que pasa en las márgenes, en las grietas, en los intersticios. En estos mundos pasan muchas, muchas cosas, y todo está por contarse, porque los medios rara vez han enfocado sus cámaras y micrófonos allí. Esto no quiere decir que los intersticios no se hayan contado a sí mismos; todo lo contrario. Abundan las narrativas que cuentan la vida desde las márgenes; pero los medios generalmente miran para otro lado. Por eso mi fascinación por los medios comunitarios.

6. Sospecho de los lenguajes unívocos, donde a cada significante le corresponde su significado. Y aunque muchos días y noches de mi vida me dejo seducir por este tipo de narrativas mediáticas, las gozo desde la sospecha. Es una especie de goce burlón. Porque el goce viene en muchos colores y sabores—hay muchas formas diferentes de gozar (más que consumir) textos mediáticos. Y siento muy complicado el poder

decir que tal tipo de goce es aliado con las ideologías retardatarias o progresistas. El goce, como el orgasmo, es político, pero es una forma muy compleja de ser político. Hay que hilar fino. Y ahí voy!

Originally Written for the Seminar "Entre Altares y Computadores"

Title: Where does my feminist knowledge come from? An Epistemological Self-exploration
Clemencia Rodríguez
April 2020

Today I want to talk to you about THIS OTHER THING⁶. It turns out that I was born CROOKED, pigeon-toed. When I was five-years-old, my dad looked at my legs and started to worry that my pigeon-toes would look ugly in high-heels and a mini-skirt when I was twenty, so he consulted some doctors and they agreed to perform surgery on my legs to fix a “problem” that was purely cosmetic in nature. The pediatric surgeons cut both my femur bones, twisted them, and put them back together. I was in a cast for several weeks. When they took the cast off, however, they realized the surgery had not gone as expected, and the bones had not healed. This was the beginning of a two-year nightmare during which I was in and out of

⁶ I originally presented this text at the International Seminar *La Cosa (Between Altars and Computers)* that was held in March 2020 in response to a catastrophe (COVID-19), which we call *La Cosa (The Thing)*.

hospitals, wearing a rigid cast from my toes to my chest. I could not sit, much less walk. I was forced to remain prone in bed for two years of my childhood, between the ages of five and seven. At some point, the doctors thought I would never walk again. I have a photo from this time:



It can be said that this photo shows My Place of Enunciation. Today I want to tell you about my journey, which has taken years and years, to crucify the THING that put me in that bed for two years. I like the image of crucifixion because a crucifixion requires effort on the part of the crucifier; to crucify someone, you have to climb the cross and hammer in the nails; the process of securing each nail is difficult and takes time. Each one of the women I want to talk to you about has given me some of the nails I have used to break The Thing that legitimizes our notions of "What is Normal," or "Common Sense," or the "The Way Things Are."

Every journey comes with obstacles and the first one I encountered on my journey was that of memory and forgetting. I have the photo, but I have no memory of the moment it captured or what each cell in my body experienced in those two years, which connects me with the importance of our colleague Susana Kaiser's work on memory. The existence of this photo, a media product, now connects me with my own forgotten experience.

So, thanks to forgetfulness, during the first years of the journey I let myself be seduced by THE THING. When I was young, for years and years the best students in my mixed gender class were me and Monica Botta.

Teachers always used us as an example for the other students, because we spoke the best French, we had the best handwriting, and no one could beat us solving problems in algebra or writing critical essays on Baudelaire. During this time of forgetting, it never occurred to me that men have advantages. At home, my dad—yes, the same one who put me through the surgery (because people are complex)—treated me as if I were his first-born son; while he hardly looked at my brother, I was his buddy. I was the one he taught how the car engine worked, and when I was nineteen, he even took me to his favorite brothel to meet his friends (because people are complex).

The best example of the era of my forgetting, my infatuation with The Thing, happens when I am twenty-two, just two years older than I was in my father's nightmare vision of my future. I don't wear high heels and mini skirts, but still, I am learning the lessons of The Thing. It is 1982 and I am a student of communication and philosophy at Universidad Javeriana in Bogotá. I am absolutely fascinated by my seminar on Aristotle, in which we read the text of *Metaphysics* line by line. My professor, a Jesuit priest who holds at least three doctorates in philosophy, reveals to us the scaffolding for understanding that Greek ontology provides, and it seems to me the most

beautiful, the most elegant thing I have ever encountered. It is a clear, absolutely rational, consistent, coherent, mathematical design that supports values such as freedom, excellence, and purity. The essence of this scaffolding is best illustrated by the Aristotelian idea of God as “thought that thinks itself.” While I am studying Aristotle, my very long, light-brown hair and blue eyes give me enough social capital to leave the classroom and head to the university cafeteria, where I trigger the racist and classist desire of my male classmates. All is perfect.

But I start to see cracks and fissures in this perfect scaffolding. I'm going to skip what causes me to perceive, or rather guess, that these fissures exist in the smooth façade of the scaffolding, but it has to do with desire, with literature, with Latin America, and above all, with the Colombian Caribbean. It is a feeling I start to have that I am missing the best parts of being alive. I will leave further discussion of this transition for another time; if you want, I will expand on it during the question-and-answer period.

And this is when the crucifixion begins.

The first woman to pass me a nail is Simone de Beauvoir and her notion that Woman is the Other. For de Beauvoir, the scaffolding that Europe inherits from

Aristotle is like a train that carries rationality, intellect, elegance, beauty, etc. She writes that the train is passing but women are not allowed onboard. They stand at the edge of the tracks, watching it go by. And de Beauvoir desperately wants to get on the train. She cries out to be let on the train. But de Beauvoir's nail is faulty. It twists when I try to nail it into the cross; it doesn't work for me. Why is being on the train so attractive for de Beauvoir? When the fissures appeared in Aristotle's scaffolding, I had already decided I didn't want on the train.

The second time a woman hands me a nail, the woman is Luce Irigaray and this nail works. I use it to create perhaps the most profound wound in *The Thing*, a wound that can't heal. Irigaray agrees with de Beauvoir that the train passes and leaves us, women, behind. She concedes that they won't let us get on, but unlike de Beauvoir, she doesn't want on. On the contrary, Irigaray is one of the first to suggest that existing on the margins can be an advantage. How? Inside the train everyone wears a binary straitjacket that cuts the head off from the body, that denies desire, that idolizes what remains static. It is an anorexic way of being that longs to minimize bodily existence, reducing the self to a static essence that desires nothing, just Thinking Itself Thinking.

Irigaray writes that nobody knows what it is like to exist on the margins, because the only descriptions of it are written by those on the train, narrating what they see looking out the window. We do not know what WOMAN is. She writes that all we know of WOMAN is "the masculine feminine," the feminine as expressed by masculine ways of being and languages, the languages of The THING. No one has known how to express "the feminine feminine," in part because we don't have the languages for it; all our languages were invented by those who ride the train.

The wound this nail creates in *The Thing* is permanent. We only know and articulate what goes on the train and I had always believed that what happened on the train was all there was. Then Irigaray invited me to see that what happens on the train is only part of the picture, that on the margins, outside the train, there are multiple universes of life and experience. . . but the question is, how to access them? Irigaray's response is desire. Some other feminists share this belief. In her essay "The Erotic as Power," the African American lesbian poet Audre Lorde proposes that we use the feeling we have when we are having an orgasm as a standard and a guide for evaluating other aspects of our lives: work, family, love and sex. Lorde finds the political power of desire.

I get my third nail from literary critic Hélène Cixous, who questions received notions of language and writing. She focuses on the form of the novel in particular, which she denounces as a masculine narrative form in which the author positions himself as the univocal and disciplined subject at the center of a universe that he controls. The author alone assigns meaning to everything and everyone in the world of the novel. Cixous invites me to invent and find other types of writing, which she calls "feminine writings." This type of writing, she says, cannot be theorized, encoded, or named, but that doesn't mean it doesn't exist. Rather, it is writing that does not allow itself to be thought, which can only be understood by those who interrupt conventional narrative forms, those marginal subjects who never allow themselves to become subject to authority.

Cixous teaches me to be suspicious of all male languages. She warns me to be skeptical of any signifier that pretends to be linked to only one signified. The point on the nail I receive from Cixous, which allows me to wound THE THING in a new way, is her suggestion that feminine writings exist and her invitation to invent a writing of the "unthinkable." She opens the possibility of a mode of writing that goes

directly from our experiences to the text, without going through the head first—a writing that involves the body. Cixous says that feminine languages exist as "whispers, murmurs, sighs, scratches, doodles, notes."

Somewhere along my journey toward crucifying THE THING, a most beautiful nail appears from a most unexpected place: Helen Keller and her partner, Anne Sullivan. If you remember the story, Helen Keller was blind and deaf, but thanks to Anne, when she was seven years old, Helen learned to read and write and speak and went on to become a famous speaker and activist. As it turns out, when Helen was learning to communicate, Helen and Anne often spelled words in each other's hands. Let's give it a try to see how it feels.

Unfortunately (because of Covid-19), we will have to stick to drawing letters on our own hands rather than each other's. So, with your finger, write the word "desire" on the palm of your other hand. How does it feel? It is a form of writing that short circuits the abstraction that is language. The letters enter the skin and we understand their meaning, alone and together, the letter "d," plus the letter "e," plus the letter "s". . . on the skin. It is incarnate writing, embodied writing. Helen and Anne lived together for the rest of their lives

⁷ *Helen Keller and Anne Sullivan: Writing Otherwise*
Marta L. Werner

and they never stopped writing in each other's hands. Helen described this habit as playful, intimate, and erotic; she said: "that almost electric touch of her finger on the palm of my hand, unbridled, fluid, that extreme sense of joy and pain embodied in touch. I feel as if her being is inseparable from mine."⁷

Another very important nail came in part from Irigaray again, but also from Donna Haraway, as both taught me to question mathematical languages. I want to make clear that what I am going to say does not mean I do not believe in mathematics; on the contrary, I see mathematical operations as very beautiful and powerful. But I want to alert us to the inherent violence of mathematics. For example, imagine you have a carrot, an onion, a head of garlic. Each has its own smell, color, texture, and flavor. But mathematical operations allow you to elide all this specificity and say: "I have three vegetables." With that single sentence, you erase all the flavors, smells, and colors that constitute experiencing a carrot or an onion. What is left is an abstraction, the number three, that does not smell or taste like anything. This operation performed by mathematical language is as violent and deforming as the operation performed on my legs. We must remember this embedded violence

http://www.cipa.ulg.ac.be/intervalles4/86_werner.pdf

when we decide whether or not to use mathematics to understand the world around us or to tell our stories. Who needs math? The market, for one. Markets, and capitalism, would not exist without mathematics. Diets use the language of math. A diet is an act of translating delicious ice cream or a plate of roasted ribs into a number of calories. I always feel that translating the experience of eating—with all its eroticism and playfulness—into a number of calories is perverse. As is translating our bodies to a number of pounds or kilos. If my body cannot be desired unless it meets a certain measure, unless it is equivalent to a number, it sounds like the one desiring me is nothing other than THE THING. You have to ask yourself: do I want to be desired if it is the THE THING that desires me? In contrast, in those precious moments in which you discover that you desire, or that you are being desired, and that it is a desire that has nothing to do with calories or kilos, then desire feels like freedom embracing you.

Finally, in one of the last things she wrote before dying, text called *Now, let us shift. . . the path of conocimiento*,⁸ Chicana lesbian feminist Gloria Anzaldúa offers me a

kit that, instead of nails, contains seven very powerful tools. These tools teach me what to do once I get off the cross, leaving THE THING bleeding and half-crucified behind me.

Anzaldúa speaks to me in a strange and beautiful language. She proposes new ways of thinking and being rather than questioning or denouncing what already exists. She tells us about seven steps along her own journey on the path of knowledge, but I am only going to tell you here about the ones that have served me the most:

1. *El Arrebato*: This is a moment of intense fright, when reality is turned upside down. Her example is from the time she was mugged at knifepoint. My example is the time I woke up in Robert Huesca's country house in Texas at 2:00 a.m. with a rattlesnake next to my bed, ramming its rattle because my pillow had fallen on it! At the moment of the fear—the *arrebato*—nothing makes sense, normalcy disappears, and your understandings of the world and reality are suspended. Anzaldúa suggests that this moment is full of promise; it is in this moment that you can access knowledge about yourself and the

⁸ Anzaldúa, Gloria (2002). *Now, let us shift . . . the path of conocimiento*. In Anzaldúa, G. and Keatign Analouise (eds.), *This Bridge we Call Home*, pp. 540-578 . New York: Routledge.

world, and your place in the world, that was inaccessible to you before. It is a moment in which you can re-invent yourself and re-interpret your reality. In my case, after I escaped the room and locked the snake inside, still trembling with fear, I went to my daughter Antonia, who was sleeping in a different bedroom. At the time, a notorious sheriff named Arpaio was terrorizing undocumented immigrants in Arizona and the stories were all over the news. As I shook in terror, for the first time I felt like I understood how the Mexican immigrants in Arizona must feel, knowing that immigration raids are all around them. The *arrebato* allowed me to feel levels of empathy I had never been able to reach before. I realized this type of empathy creates a good foundation for public policy, teaching, and producing media narratives.

And here I disagree with many feminisms of care; especially Latin American feminisms that idolize the figure of the mother, the woman as caretaker, the martyr, the one who always puts herself last. This is a model of womanhood that I have never defended, and my favorite feminists help me understand why. It is one thing to take care of others out of some sense of maternal duty that requires you to care for everything from nature (in eco-feminism) to vulnerable communities, or to sacrifice your life for your parents,

for example. It is another thing entirely when an intense feeling of empathy or desire or love links you to an other and prompts you to take care of them. When this happens, you're not really taking care of someone else, you are taking care of yourself. Empathy, love, and desire weave a carnal bond that passes through the skin, a visceral bond that erases the borders between self and other. In the same way that I take care of my liver, I take care of the world's water, I take care of Antonia, and I take care of Belén de los Andaquíes or Sanguaré. When I care for what I love, ultimately I am taking care of myself and defending myself. I cannot care for others out of political conviction, only out of desire and love, though the viscera and the heart.

The *arrebato* opens a very interesting door for our work in the areas of communication and media, because it directs us toward using communication to create affective, erotic, and emotional bonds between different creatures. In that sense, the rattlesnake was an excellent communicator!

2. *The Nagual or the Naguala*: Anzaldúa introduces me to these beings who have the power to be human and another creature—a crow, a coyote, or a dog—at the same time. The Naguala has the power to perceive the world from two different perspectives simultaneously:

the Naguala feels life as both a woman and as a coyote. The power is in knowing that, on its own, each of these perspectives is incomplete and precarious, that what appears as absolute truth for the woman is clearly a lie for the coyote. La Naguala knows that nothing is true, and everything is a lie, or everything is half true. Anzaldúa invites us all to be Nagualas.

3. *The reptilian eye*: Anzaldúa tells us about that reptilian eye that we all carry in the center of our foreheads, that organ of the intellect, the heart, and the gut, which, if you allow it, has the power to shake you out of your habitual patterns of thought and reasoning. While Irigaray and Lorde invite you to abandon the rational and focus on how an orgasm feels, Anzaldúa suggests that we put all our attention on empirical experience, what goes through the five senses, and then add imagination, intuition, and the experience of believing. The reptilian eye is an eye that is capable of looking in and looking out at the same time.

4. And finally, *Nepantla*: Anzaldúa invites us to a place that appears at the intersection between different value systems, different cultural beliefs (and here I think of what Omar Rincón calls “the bastard,” I think of the mestizo, Donna Haraway’s cyborg — I leave behind the pure and I am seduced by everything that is permeable

and mixed, by Nepantla). To inhabit Nepantla is to feel that you are neither here nor there, to access different worlds but call none your home because you live in the middle of the bridge between worlds. Neither Colombian nor gringa; straight nor queer; Aristotelian nor Feminist. Neither Camilo Sesto nor Nick Cave; Leonard Cohen nor Hugh Jackman. Always in-between. In that gap between two worlds. Anzaldúa's genius is in the invitation she extends to those who live in-between. Instead of envying those on one side or the other of the bridge, she invites you to value *your house on the bridge*, because from that vantage point, you can question them all and see that they are precarious, partial; from your house on the bridge you see all their belief systems explode, leaving a shower of confetti behind.

How does all of this translate into how I approach my work in the field of media and communication?

1. I advocate for communication based on experience, in which anything that is said must engage the five senses. In this type of communication languages can pass through the skin, like the letters Helen Keller inscribes in Anne’s palm. Sometimes I become obsessive about this. For example, the only thing that speaks to me at the level of theory is

performance theory, in which the purpose of communication is not to inform, seduce, entertain, or empower; instead, performative communication subjects you *to feeling* x, y, or z.

2. I am drawn to narratives that work like *arrebatos*, that scare us, or frighten us so that new ways of perceiving, feeling empathy, and understanding other people's realities appear.
3. I seek out media narratives that help us express our Nagualas selves, stories in which all truths are presented as half-truths. I want narratives capable of capturing the experience of seeing the world from two contradictory perspectives, or narratives built on apparently incompatible codes. I saw this in the last workshop on communication and the environment in San Onofre, in Colombia, when participants started using popular local language (that speaks of desire in very vulgar terms) in a media campaign to promote rainwater harvesting.
4. I look for *Nepantlera* narratives, media narratives that express the worlds we inhabit as dislocated and fragmented, or show us how we inhabit the fissures and the interstices between apparently coherent worlds. If all narratives show us that we all inhabit the interstices, sooner or later the very existence of the coherent world will be called into

question. We will be left knowing that the cracks, the fissures are the only things that exist.

5. I am curious about communication that expresses what happens on the margins, in the cracks, in the interstices. Many, many things happen in these worlds, and everything remains to be told, because the media has rarely focused cameras and microphones on these places. This does not mean that the interstices have not expressed themselves, quite the opposite. Narratives that tell life from the margins abound, but the media generally look the other way. Thus, my fascination with community media.
6. I am suspicious of univocal languages, in which each signifier corresponds to its signified. And although many days and nights of my life I am seduced by this type of media narrative, I enjoy them from a place of suspicion; it is a kind of mocking enjoyment. Pleasure comes in many colors and flavors and there are many ways to enjoy (rather than consume) media texts. I don't feel we can say that one kind of enjoyment is allied with progressive ideologies while another is allied with conservative ideologies. Enjoyment, like orgasm, is political, but it is a very complex way of being political. You have to tread carefully.

And the journey continues!

